

dados y obligaciones. Son tantas las que hay, si queremos contentar á los del mundo, que no se sufre decirlas, por no me alargar, ni aún sabría.

38. Hay otras almas (y con esto acabo) que por aquí si vais advirtiéndolo, entenderéis muchas vías, por donde comienzan á aprovechar, y se quedan en el camino. Digo que hay otras que ya tampoco se les da mucho de los dichos de los hombres, ni de la honra; mas no están ejercitadas en la mortificación, y en negar su propia voluntad, y así no parece les sale el miedo del cuerpo; puestos en sufrir, con todo parece está ya acabado, mas en negocios graves de la honra del Señor, torna á revivir la suya, y ellos no lo entienden, no les parece temen ya el mundo, sinó á Dios: peligros, sacan lo que puede acaecer, para hacer que una obra virtuosa sea tornada en mucho mal, que parece que el demonio se las enseña mil años ántes, profetizan lo que puede venir si es menester.

39. No son estas almas de las que harán lo que San Pedro, de echarse en la mar, ni lo que otros muchos santos. En su sosiego allegarán almas al Señor; mas no poniéndose en peligros, ni la fe en éstos obra mucho para sus determinaciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo (fuera de religion) fiar de Dios su mantenimiento: solas dos personas conozco yo, que en la religion ya saben no les ha de faltar; aunque quien entra de veras por solo Dios, creo no se le acordará de esto: ¿mas, cuántos habría, hijas, que no dejarán lo que tenían, si no fuera con la seguridad: porque en otras partes que os he dado avisos, he hablado mucho en estas almas pusilánimes, y dicho el daño que les hace, y el gran bien tener grandes deseos, ya que no puedan las obras: no digo más de éstas, aunque nunca me cansaría.

40. Pues las llega el Señor á tan gran estado, sirvanle con ello, y no se arrinconen, que aunque sean religiosos, si no pueden aprovechar á los prójimos (en especial mujeres) con determinacion grande, y vivos deseos de las almas, tendrá fuerza su oracion, y aún por ventura querrá el Señor que en vida, ó en muerte aprovechen, como hace ahora el Santo fray Diego, que era lego, y no hacía más de servir, y después de tantos años muerto, resucita el Señor su memoria, para que nos sea ejemplo. Alabemos á su Majestad. Así que, hijas mías, el

Señor si os ha traído á este estado, poco os falta para la amistad y paz que pide la Esposa: no dejéis de pedirla con lágrimas muy continuas y deseos.

41. Haced lo que pudiéreis de vuestra parte, para que os la dé; porque sabed, que no está la paz y amistad que pide la Esposa; aunque hace harta merced el Señor á quien llega á este estado, porque será con haberse ocupado en mucha oracion y penitencia y humildad y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor que todo lo da. Amen.

CAPITULO III.

De la verdadera paz, amor de Dios y union con Cristo, que nace de la oracion unitiva, y llama la Esposa beso de la boca de Dios.

Bésame con el beso de su boca.

1. ¡Oh santa Esposa, vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz, que hace aventurar al alma á ponerse á guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda seguridad pacífica! ¡Oh qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre Él, y ella, sinó que sea una misma voluntad, no por palabras, no por solos deseos, sinó puesto por obra; de manera que en entendiendo que sirve más á su Esposo en una cosa haya tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento, ni los temores que le pondrá, sinó que deje obrar la fe, de manera que no mire provecho ni descanso, sinó acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

2. Pareceros há, hijas, que eso no va bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discrecion: habeis de mirar un punto, que es entender que el Señor (á lo que vos podeis entender, digo que cierto que no se puede saber) oído ha vuestra peticion, *de besaros con beso de su boca*. Que si esto conoceis por los efectos, no hay que detenernos en nada, sinó olvidaros de vos, por contentar á tan dulce Esposo. Su Majestad se da á sentir á los que gozan de esta merced con muchas

muestras. Una es, menospreciar todas las cosas de la tierra, estimarlas en tan poco como ellas son, no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad: no se alegrar sinó con los que aman á su Señor: cánsale la vida: tiene en la estima las riquezas que ellas merecen, otras cosas semejantes á estas que enseña el que las puso en tal estado. Llegada aquí el alma, no tiene que temer, si no es si no ha de merecer que Dios se quiera servir de ella en darla trabajos y ocasion para que pueda servirle, aunque sea muy á costa. Así que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta union que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que él no alcanza *y tráele* debajo de los piés.

3. Pongamos una comparacion para que lo entiendas. Está uno cautivo en tierra de moros, éste tiene un padre pobre, ó un grande amigo, y si éste no le rescata, no tiene remedio; y para haberle de rescatar, no bastó lo que tiene, sinó que ha él de ir á servir por él. El grande amor que le tiene, pide, que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luégo viene la discrecion con muchas razones; y dice, que más obligado es á sí, y podrá ser que tenga él ménos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en peligro, y otras muchas cosas. ¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! ¡Oh dichosa alma que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, á cuenta de servir á tan buen Esposo y Señor, y con razon, que la tiene este pariente ó amigo que hemos dicho.

4. Pues ya habeis leído, hijas, de un santo que no por hijo, ni por amigo, sinó porque debia bien haber llegado á esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar á su Majestad, é imitarle en algo de lo mucho que hizo por nosotros, se fué á trocar á la tierra de moros por hijo de una viuda, que vino á él fatigada, y habeis leído cuán bien le sucedió, y con la ganancia que vino. «Creería yo no dejaría su entendimiento de presentarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo y habia de dejar sus ovejas, y por ventura tendría temores. Mirad una cosa que se me ofrece

ahora y viene á propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimos flacos y por la mayor parte son mujeres, y aunque en ello de verdad su alma haya llegado á este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hace perder una gran corona.

5. Cuando os halláreis con esta pusilanimidad acudid á la fe y humildad, y no dejéis de acometer con fe, que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza á muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, que se determinaron á pasar por Él. De esta determinacion quiere hacerle señor, de este libre albedrío, que no há menester el nuestro esfuerzo de nada; ántes gusta su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder, y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinacion y dar de mano á las razones del entendimiento y vuestra flaqueza, para no dar lugar á que crezca con pensar si será ó no quizá por mis pecados no merecer yo que me dé la fortaleza que á otros.

6. No es ahora tiempo de pensar vuestros pecados: dejadlos aparte, que no es con sazón esta humildad: es á mala coyuntura. Cuando os quisieren dar una cosa muy honrosa, ó cuando el demonio os incita á vida regalada ó á otras cosas semejantes, temed, que por vuestros pecados no lo podreis llevar con rectitud: mas cuando hubiéreis de padecer algo por vuestro Señor ó por el prójimo, no hayais miedo á vuestros pecados. Con tanta caridad podreis hacer una obra de estas que se los perdone todos, y esto teme el demonio; y por esto os la trae á la memoria entónces. Y tened por cierto que nunca dejará el Señor á sus amadores, cuando por solo Él se aventuran. Si llevan otros intentos de interés propio eso miren, que yo no hablo sinó con los que pretenden contentar con mayor perfeccion al Señor.»

7. Y ahora en nuestros tiempos conozco yo una persona, y vosotras la visteis, que me vino á ver á mí, que la movía el Señor con tanta caridad, que le costó hartas lágrimas no poderse ir á trocar por un cautivo. El lo trató conmigo (era de los Descalzos de fray Pedro de Alcántara) y despues de muchas importunaciones, recaudó licencia de su general, y es-

tando cuatro leguas de Argel, que iba á cumplir su buen deseo, le llevó el Señor consigo (1). ¡Y á buen seguro que llevó buen premio! Pues qué de discretos habia, que le decían era disparate. A los que no llegamos á amar tanto al Señor así nos parece. ¿Y cuán mayor disparate que acabárenos este sueño de esta vida con tanto seso? Que plega á Dios merezcamos entrar en el cielo, cuanto más ser de estos que tanto se aventajaron en amar á Dios.

8. Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidais esta paz tan regalada porque así señorea todos estos temorcillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que á quien Dios hiciere tan gran merced de juntarse con un alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque cierto estas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y el desear nos haga esta merced podemos, y aún esto con su ayuda: que lo demás, ¿qué ha de poder un gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable que todas las virtudes imaginamos tasadamente con nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa—*Bésemel Señor*, etc.

9. Si una labradorcilla se casase con el Rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si á un alma nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin division se junte con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heroicas podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa? Por esto os torno á decir que para cosas semejantes si el Señor os hiciere merced que ofrezcan hacerlas por Él, que no hagais caso de haber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe á nuestra miseria y no os espanteis si al principio de determinaros, y aún después, sintiéreis temor y flaqueza: no hagais caso de ello, si no es para avisaros más: dejad hacer su oficio á la carne. Mirad que dice el buen Jesus en la oracion del huerto—La carne es enferma, y acuérdeos de aquel tan admirable y

(1) Este santo fué el venerable fray Juan de Cordobilla, como se dijo en el preámbulo de este tratado, al fijar la cronología y las vicisitudes de él. Era natural de Cordobilla, cerca de Mérida, y fué casado algun tiempo. Estuvo á ver á Santa Teresa en Avila.

lastimoso sudor; pues si aquella carne divina y sin pecado dice su Majestad que es enferma, ¿cómo queremos acá la nuestra tan fuerte que no se sienta la persecucion, que le pueda venir y los trabajos? En ellos mismos será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de Dios no se queja.

10. Ofréceseme ahora cómo nuestro buen Jesus muestra la flaqueza de su humanidad ántes de los trabajos y en el golfo de ellos gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecia con flaqueza. Cuando iba al huerto dijo:—Triste está mi ánima hasta la muerte; y estando en la Cruz, que era estar ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oracion del huerto iba á despertar los Apóstoles, pues con más razon se quejará á su Madre cuando estaba al pié de la Cruz y no dormía sinó padeciendo en su alma y muriendo dura muerte, y siempre nos consuela más quejarnos á los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más.

11. Así que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro esfuerzo, sinó procuremos fortalecernos de humildad, y entender claramente lo poco que podemos de nosotras, y que si Dios no nos favorece no somos nada y confiar en su misericordia y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas y que estribar en ello es toda la flaqueza, que no sin mucha causa lo mostró nuestro Señor que claro está que no lo temía, pues era la misma fortaleza, sinó para consuelo nuestro y porque entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos, y miremos que á los principios de mortificarse un alma todo se le hace penoso: si comienza á dejar regalos pena, si á dejar honra tormento, si á sufrir una palabra mala intolerable, en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabare á determinarse á morir al mundo verse há libre de estas penas; y todo al contrario no haya miedo que se queje. Ya ha alcanzado la paz que pide la Esposa.»

12. Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, ¿cuánto más de tantas? Sinó que no parece sinó cumplimiento el llegarnos á Él, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes tapados los ojos de

los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrian granjear riquezas perpétuas! ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¿Qué es posible que aún estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con tan particular amistad? ¿Y que tan á las claras lo diga el Espiritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender, que son los regalos con que tratáis con las almas en estos Cánticos?

13. ¿Qué requiebros, qué suavidades, que habia de bastar una palabra de estas á deshacernos en Vos! Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo injurias, y perdonando y no sólo con esto, sinó con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sinó conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa en esta vida, sinó que me *beseis con beso de vuestra boca*, y que sea de manera, que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y union, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mio y gloria mia, con verdad, que *son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino*.

CAPITULO IV.

Del amor de Dios dulce, suave y deleitoso, que nace del morar Dios en el alma en la oracion de quietud, significada en esta palabra, *Pechos de Dios*.

Más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores.

1. ¡Oh hijas mias, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo nuestro Señor á sentir, que harto mal se puede decir. Cuando su Majestad quiere por su misericordia cumplir esta peticion á la Esposa, es una amistad la que comienza á tratar con el alma, que solas las que la experi-

mentais, la entendereis, como digo. Mucho de ella tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, vereis después que me muera), y muy menuda y largamente, porque veo que los habreis menester, y así aquí no haré más que tocarlo: no sé si acertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declararlo. Siéntese una suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien á sentir estar de ella vecino nuestro Señor. No es esta sólo una devocion que ahí mueve á lágrimas muchas, y éstas dan satisfaccion, ó por la Pasion del Señor, ó por nuestro pecado, aunque en esta oracion de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene muy á su voluntad, aunque algunas veces se siente de otro modo, cuando no está el alma tan engolfada en esta suavidad, parece que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si le echasen en los tuétanos una uncion suavísima, á manera de un gran olor; como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sinó muchas y ni sabemos qué es, ni dónde está aquel olor, sinó que nos penetra todas.

2. Así parece es este temor suavísimo de nuestro Dios: se entra en el alma y es con gran suavidad y la contenta y satisface y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien: querría no perderle, querría no menearse, ni hablar, ni aún mirar, porque no se le fuese. Porque adonde he dicho digo lo que el alma ha de hacer aquí para aprovecharnos, y esto no es sinó para dar á entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta amistad que ya el Señor muestra aquí al alma, que la quiere tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entrambos. Se le comunican grandes verdades; porque esta luz que la deslumbra, por no entender ella lo que es, la hace ver la vanidad del mundo: no ve al buen maestro que la enseña; aunque entiende claro que está con ella, mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce después, ni querría otra cosa hacer, sinó alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sinó con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide.

3. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que